

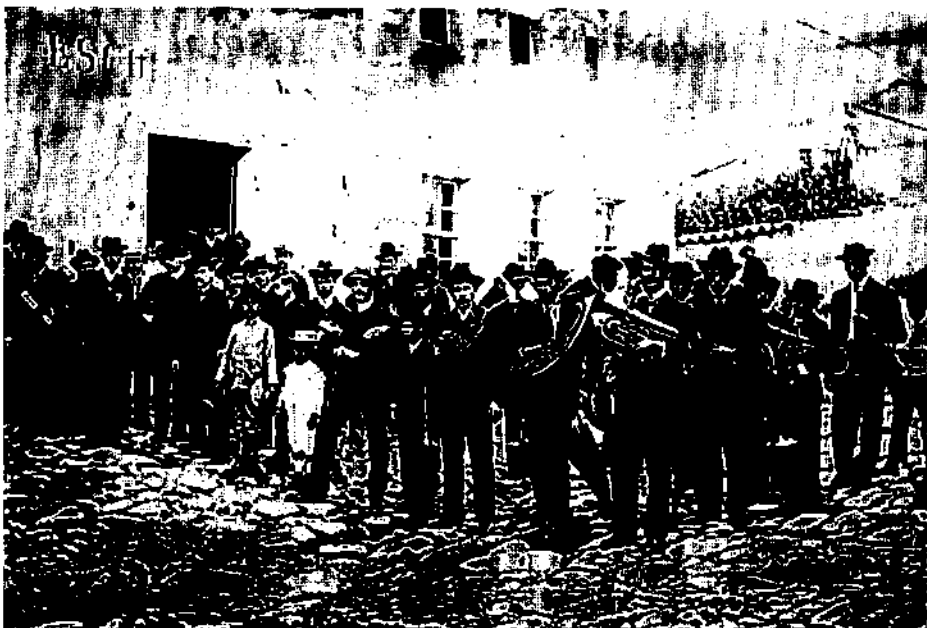
Las bandas de música en el Brasil

por
Francisco Curt Lange(*)

Hablar de las bandas de música significa dirigirse a la gente del interior, abrir un paréntesis sentimental en el trajinar de los agitados días de hoy y tender la mirada con cierta tristeza hacia una tradición que está en vías de desaparecer. En las últimas cuatro décadas nuestra humanidad se ha venido acostumbrando a perder hábitos y a enterrar recuerdos sentimentales vinculados estrechamente a la vida tranquila, de una atmósfera inconfundible, de nuestra población de tierra adentro. Los que migraron a la capital irán a escuchar la banda del Cuerpo de Bomberos, la de los Fusileros Navales, la del Cuerpo de Aviación, a esos vistosos, marciales y compactos grupos que salen en días festivos a la calle? ¿Irán a la plaza, —circundada por una corriente ininterrumpida de autos y motonetas, con el trepidante sonido de las bocinas—, para asistir a un concierto de la Banda Municipal aumentada, no pocas veces, a cien figuras con violoncellos y contrabajos adicionales, exhibiendo un repertorio aristocrático propio, muchas veces, de las orquestas sinfónicas? ¡No! Sus recuerdos volarán hacia la pequeña banda de un ambiente pueblerino que formó parte de su existencia, irán a parar junto a ese aparato sonoro reducido —pero estimadísimo—, de un núcleo social del que era expresión filarmónica, júbilo patriótico o fondo sonoro en las vueltas por la plaza, en que se cambiaban miradas con las chicas en horas de la retreta dominguera. La banda de villas y pequeñas ciudades era su organismo indispensable, su elemento más adecuado de animación.

Quiero hablarles de las bandas del interior del Brasil cuya historia arranca de los tiempos coloniales en que múltiples organizaciones musicales se dedicaban al ejercicio de la música religiosa, actuando al mismo tiempo en cortejos fúnebres, casamientos, reuniones de solaz o como bandas de regimiento. Si bien, aparentemente, la intensa actividad musical en los templos no tendría relación con las bandas, de su ejercicio y de su práctica surgieron las actividades menores que he citado. Las bandas, tal como nosotros las hemos visto y oído, representan, con su típico instrumental, parte de la expansión espiritual en el siglo XIX, en que la función de la Iglesia perdía su fuerza aglutinadora de todos los días a consecuencia de una infiltración, no sólo de ideas filosóficas renovadoras, sino también de una proporción cada vez mayor de música profana. La formación del concepto banda es propio de ese período en que desapareció el monopolio de los países madres (España y Portugal) y en que vinieron, con la apertura de los puertos, instrumentos de viento procedentes de Inglaterra, Alemania y Francia, de la misma manera como fueron importados cada vez en mayor número, los pianos.

(*) Estando este número de la *Revista Musical Chilena* en proceso de impresión, llegó la lamentable noticia del fallecimiento, el 3 de mayo del presente, del Dr. Francisco Curt Lange, que enluta la musicología latinoamericana.



Santa Lucía de Río das Velhas. Inauguración de una escuela. Fotografía tomada a principios del siglo.

Con el cambio del sistema político, mejor asentado desde 1850 en adelante, los partidos tradicionales, el liberal y el conservador, recurrían también a las bandas para su propaganda en actos cívicos, junto a los discursos en las reuniones al aire libre o en locales cerrados, y para festejar con grandes desfiles el triunfo electorario.

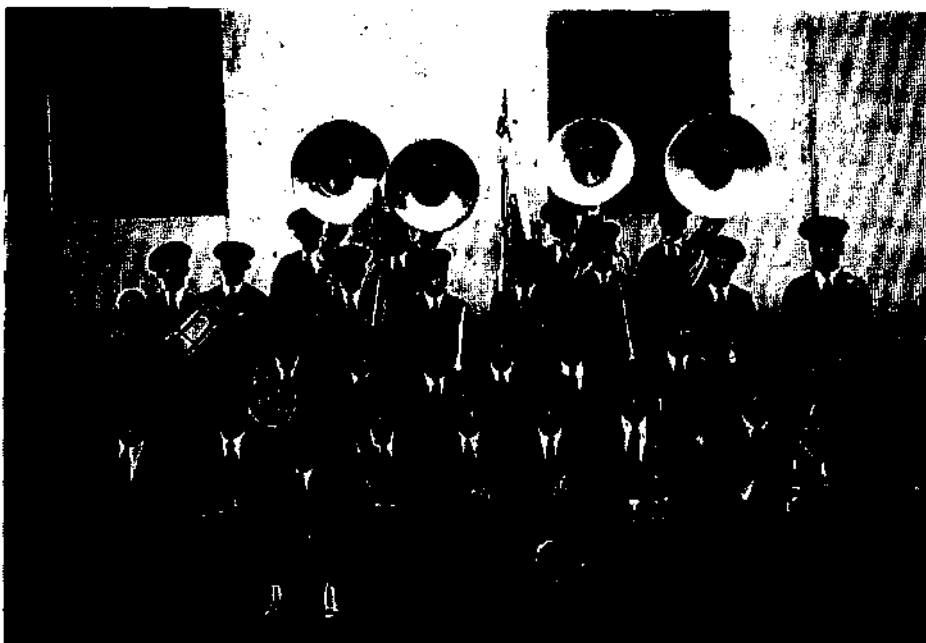
No sabría decir exactamente si la existencia de dos bandas, aún en los pueblos más pequeños del Brasil y particularmente de Minas Gerais, viene desde comienzos del parlamentarismo o de tiempos más remotos. Quizás sea el producto de esa extraordinaria abundancia de músicos profesionales que existió durante el período de la extracción del oro y de los diamantes, que continuaron proliferando en el siglo XIX, pero ahora en condición de aficionados. A todo esto hay que agregar la inmigración italiana y alemana que trajo consigo nuevos repertorios y también nuevos instrumentos, técnicamente perfeccionados. Cuando se leen en investigaciones históricas las disposiciones municipales o los manifiestos de intendentes y gobernadores sobre el valor cívico y el deleite artístico y educacional que atribuían estos patricios a las bandas, justificando así una erogación para la compra de un instrumental completo y la manutención de los músicos, se tiene que sentir simpatía por los prohombres de la historia municipal y provincial del siglo XIX, preocupados por la formación de buenos conjuntos cuyos instrumentos eran traídos, las más de las veces, en penosos y largos viajes a través de los Andes o de extensas llanuras donde todavía amenazaban los malones de indios. ¡Cómo se apreciaba el valor de cada instrumento en el primer cuarto del siglo XIX, lo

prueba el hecho de que se metió entre rejas, previo castigo corporal, a todos los músicos de la banda de un regimiento en Mendoza, Argentina, porque en un descuido les habían robado las embocaduras de sus clarinetes! La protesta de la prensa local por este acto cruel *manu militari*, al imponer tan rigurosa disciplina, se estrelló contra el crudo hecho de haber quedado trunco el conjunto. No hay que mencionar a determinados países como descollantes en este amor por las bandas. Desde México, Cuba, Chile y Argentina hasta Venezuela, la voluntad de poseerlas en las aldeas, villas o pequeñas ciudades era una sola.

Lo que hoy significa para muchos aficionados del tipo poco reflexivo y mal informado, sin perspectiva histórica, una manifestación decadente e imperfecta, fuera de lugar, en aquellos lejanos tiempos y también hasta hace muy poco, ha sido el orgullo de cada poblado, el elemento de cohesión social, el vehículo que modificaba como las modas el gusto, presentando nuevos repertorios. Incluso en las zonas mediterráneas de un país eran organismos importadores de novedades e involuntariamente culpables de transformaciones del folclore regional con elementos de las piezas de su programa dominical o festivo. Las danzas de salón, fragmentos de zarzuelas, operetas y óperas se aglutinaban con elementos tradicionales, formando nuevas expresiones coreográficas, vocales e instrumentales.

Quizás correspondan al Brasil las palmas en esta rama del ejercicio musical por medio de instrumentos de viento, no porque sea el mayor país del sector iberoamericano de este hemisferio en extensión y población, ni tampoco porque su pueblo haya tenido y siga conservando una extraordinaria vocación por la música. Ni siquiera fue la indiscutible ventaja de no haber abierto en su cuerpo social y su estructura económica sangrientas heridas, revoluciones y asonadas, por tratarse de una monarquía. La fuerza de mi argumento reside en algo distinto, es decir, en el hecho incontrovertible de que en cada población del interior del Brasil, pero principalmente en Minas Gerais, por pequeña que fuese cada villa, existían —y aún siguen existiendo— dos bandas rivales entre sí. En un puñado de casas donde parecería ridículo pensar en la existencia de una sola y mísera banda, encontraremos siempre dos, bien nutridas, trajeadas y provistas de repertorio. Estas bandas, provenientes, como dije, de antiguas tradiciones, también representan una especie de organización de beneficio mutuo que posee su local propio en el que se ensaya regularmente, su archivo de música y la colección de instrumentos, propiedad inalienable de cada entidad. Tiempo atrás, se distribuían a fin de año los dividendos que daban sus actividades y no faltaban ocasiones en que se auxiliaba a un componente o a un familiar de éste en casos de necesidad, recurriendo a la caja de la corporación.

Esta tradición proviene de las hermandades y cofradías que proliferaban en todo el Brasil y en grado mayor en el estado de Minas Gerais, donde evolucionó, según mis descubrimientos, una fabulosa actividad musical, encabezada por compositores geniales. Y no poco influyó, si bien hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, la Irmandade de Santa Cecilia, protectora de los músicos, imagen fiel de la famosa *Real Irmandade de Santa Cecilia dos Músicos e Cantores* de Lisboa, organización fundada en 1603 y protegida por los propios



Cachoeira de Campo. Local de la Euterpe Cachoeirense. Fotografía tomada en 1944.

reyes y la corte en tiempos en que cada soberano, príncipe o duque era músico consumado.

Cuando fui huésped de la ciudad de Recife y del gobierno de Pernambuco, en 1944, el intendente de Goiana, ciudad de unos 20.000 habitantes, insistió mucho en que la visitara. El día que llegué a esa ciudad, situada en el linde entre los estados de Pernambuco y Paraíba, me esperaron también las dos bandas rivales de la población, cada una en sus respectivas sedes, o sea, su propiedad. Las dos eran casi centenarias. Una se llamaba en boca del pueblo "A Curica", como queriendo compararla socarronamente con un pájaro chillón que lleva ese nombre, y la otra, "A Saboeira", pues era más pobre, sus componentes tenían un solo uniforme y antes de salir en días festivos a la calle, había necesidad de mandar lavar y planchar la vestimenta oficial de la banda.

Esas organizaciones se hallan perfectamente constituidas como si tuviesen carácter jurídico, tienen un director, que es una especie de presidente y administrador al mismo tiempo, y un regente, que viene a ser el director musical de la entidad. Además, cada conjunto tiene su estandarte y una mascota, generalmente un chico de edad escolar, que luce gallardamente el uniforme y la gorra de los músicos y marcha al frente de la banda en toda presentación pública. En aquella oportunidad, con mi visita reiteradas veces anunciada y por tanto, transformado en "personaje", la recepción de bienvenida tenía forzosamente ribetes de ceremonia para esa gente sencilla y buena. En una de las dos bandas mencionadas, el regente ya se había preparado, colocando en los atriles un repertorio popular,

pero precedido nada menos que por el movimiento lento de la *Patética*. Dándome su batuta, me pidió que dirigiera este trozo. Debo declarar, con sinceridad, que para mí fue un momento muy emocionante percibir la afinación perfecta y hallarme ante una interpretación correcta lograda por el regente de su conjunto. No hay que olvidar que los integrantes de la banda no podían poseer referencias concretas sobre la personalidad y obra de Beethoven, pero sí tenían que haber sentido como mensaje trascendente el valor de esa música. Durante la ocupación del nordeste brasileño por los holandeses, el gobernador trajo desde Den Haag los mejores naturalistas, pintores y también los músicos que formaron una banda excepcional que hacía oír su repertorio, que supimos era totalmente europeo. Indiscutiblemente el amor del brasileño nordestino por las bandas ha sido providencial y tuvo gran trascendencia al trasladarse mucha gente proveniente de esta región a la capital de Río, donde obtuvieron inmensos éxitos en la formación de bandas marciales.

De esa región nordestina, el noreste del Brasil, han surgido desde tiempos remotos fabulosos instrumentistas, quienes más tarde integraron las bandas de Río de Janeiro y ascendieron, en varios casos, por medio de un gran esfuerzo, a ser compositores y destacados directores, luego de haber realizado estudios reglamentados en el Instituto (hoy Escola) Nacional de Música. Bastaría que el lector permaneciera en Recife durante el Carnaval para sentir la precisión y afinación de las bandas que preceden el cortejo del *Frêvo*, tocando sin cesar durante cuatro noches y tres tardes, desde el sábado hasta la madrugada del Miércoles de Ceniza, permitiéndose aun el lujo de transformar, al regresar a sus casas, los *frêvos* preferidos (todos están en mayor) en tono menor, por la tristeza que les causaba la culminación del carnaval.

Sin embargo, para no perder el hilo de estos recuerdos, debemos volver a Minas Gerais, para detenernos un poco más en las bandas de ese estado central, montañoso y vastísimo. ¿Cuál sería el repertorio de las bandas del siglo XVIII actuando en casamientos, entierros y saraos? Al lado de los tocadores de caramellas, flautas, clarinetes, trompas, pistones y fagotes, existían también los músicos dedicados a instrumentos de cuerdas, que cultivaban un repertorio compuesto nada menos que por dúos, tríos, cuartetos, quintetos (divertimientos y casaciones) de Haydn, Mozart, Pleyel, Boccherini y otros. Esta música, encontrada por mí entre viejos papeles, era llevada a las reuniones en el Palacio del Gobernador y era tocada para estudio consciente de sus formas y armonía en las sedes de las corporaciones musicales. No faltaban hacendados que poseían, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, su coro y conjunto instrumental de músicos formados por negros esclavos, que tocaban desde el *Stabat Mater* de Pergolesi hasta las oberturas de Rossini, un repertorio que databa de medio siglo o más. No debe extrañar, pues, la presencia de la música en todas aquellas manifestaciones de la vida que para esa gente exigían una exaltación o intensificación.

En el siglo XIX las bandas de cada villa cultivaban un repertorio que aún forma parte de su archivo, aunque depositado en anaqueles destinados al olvido. La juventud contemporánea gusta de expresiones del tiempo presente, tanto más porque tiene derecho a exigirlos. Hace unos decenios a las actividades de las

corporaciones musicales –servicio de música religiosa y función pública de banda– se ha sumado la de los bailes en días sábados y domingos y en tiempos de Carnaval. Esta actitud es de sobrevivencia hasta que la mecanización también los elimine de estos lugares con tocadiscos, altoparlantes y la televisión.

Eximios copistas, grandes instrumentadores, los regentes de banda fueron muy competentes y también muy celosos de sus funciones y de la entidad a ellos confiada. Su caligrafía, de tanto copiar música, era magnífica y su oído era tan envidiable como su memoria musical. Cuántos casos se cuentan de regentes que oían de la banda rival una pieza nueva –incorporada al repertorio de una retreta por primera vez–, y que les bastaba oírla una o dos veces para ir a casa o a la sede de la corporación para fijar la melodía en el papel, instrumentarla de la misma manera y presentarla al domingo siguiente para sorpresa del rival, como habiéndola recibido en el último correo.

Con estos maestros de banda he vivido horas muy felices oyéndolos hablar del pasado, cuando todo era barato y cualquier función de música rendía económicamente lo suficiente como para que todos los miembros quedaran satisfechos. Se hacían viajes a pie para tocar en poblaciones vecinas, sin reparar en las distancias para nosotros asombrosas, regresando en la madrugada del día siguiente. También se iba en ferrocarril a poblaciones más distantes para participar en festejos religiosos y cívicos, permaneciendo alejados del pueblo durante días y repartiendo al regreso el producto del viaje. En Ouro Preto, de visita en la sastrería de Luis Marzano, nos pusimos a conversar sobre repertorio de bandas después de almuerzo. Mi amigo trajo inmediatamente varios de sus clarinetes para mostrarme la calidad de estos instrumentos y tocar sus piezas de bravura con excepcional limpieza. Se nos fue la tarde en éstas y otras reminiscencias.

En los tiempos difíciles del siglo XIX, con pocas comunicaciones, se hacían penosos viajes para llegar a Río de Janeiro. En un viaje a la capital el fundador de la Sociedad Musical Santa Cecilia de Sabara, José Magalhaes, aprovechó para comprar un nuevo contrabajo destinado a su entidad. En aquella época el Río das Velhas que bordea la ciudad todavía era navegable. Cuando asomó la embarcación pequeña en el recodo del río, la familia, ansiosa de saludar a Don José después de tantos meses de ausencia, no lo vio sobre la borda, pero sí un negro cajón. Todos rompieron a llorar pensando en la muerte del patriarca. Éste estaba en la cabina y sólo después pudo explicar, al asomarse, que era el cajón protector de su flamante contrabajo. En Cachoeira de Campo, que fue en tiempos coloniales residencia veraniega de los gobernadores de Villa Rica, existen dos bandas: la Euterpe Cachoeirense, que cumplió sus cien años tiempo atrás, y la banda União Social, algo más joven, surgida de conflictos internos de la primera. José Avelino Neves Murta, regente de la Euterpe, era Administrador de Haciendas de descendientes de la Casa Imperial del Brasil, pero al mismo tiempo excelente músico. José de Lemos, regente de la União Social, asumió su labor en 1894. Quedando ciego en 1925 dejó de trabajar, pero siguió dirigiendo su conjunto con todo celo, llevado de la mano por su mascota en días de desfile. En 1959, estando de regreso con mi señora de un período de investigación en Ouro Preto, pasamos por Cachoeira de Campo. Se veía en un costado de la carretera una aglomeración de



Ciudad de Marana. Sociedade Musical "União 15 de Novembro" al cumplir 51 años de existencia. Fotografía tomada en la histórica Iglesia de la Orden Terceira de São Francisco, el 15 de noviembre de 1952.

gente. Me detuve para preguntar por el motivo de aquella congregación. El maestro Lemos cumplía años —había rebasado ya los ochenta. Subiendo por la falda de un promontorio hasta su casa, me encontré con el anciano, rodeado de familiares, de miembros de su banda y por la banda de la Sociedad Santa Cecilia de Itabirito, que había venido a presentar su mensaje sonoro al maestro octogenario. Para la tarde se esperaban otros conjuntos, aparte de la banda de Ouro Preto y de poblados vecinos, la banda rival Euterpe Cachoeirense, porque en tales días se dejaban las diferencias y conflictos de lado. Cuando se festejó el centenario de la Euterpe Cachoeirense, el número de bandas que participó del homenaje fue aún mayor. Aquella tarde apacible y asoleada volví a escuchar *valsas* y *dobrados*, cuadrillas y polkas, tocadas con unción, entusiasmo extraordinario y buena afinación.

La aparición del cine causó la primera herida en el tradicional ensayo de los sábados, antesala de la actuación en día domingo. Algunos de los integrantes jóvenes faltaban porque iban con su festejada a ver la película. Con la creciente industrialización de diversas regiones, hasta entonces predominantemente agrarias, muchos componentes de la banda se ausentaban durante el día a una fábrica distante y sólo volvían, cansados, por la noche. Algunos faltaban la semana entera. Hay que agregar todavía el grave problema de la carestía de los instrumentos e inclusive, de las cuerdas. Un juego de cuerdas para contrabajo costaba una fortuna para gentes de un salario y un nivel de vida bajos. Si es posible contar con los recursos para reponer algunos instrumentos solamente, también se producen

problemas de afinación con aquellos que no se han podido renovar. Reemplazar el instrumental viejo por otro nuevo de una banda que suele componerse de unos 20 a 30 músicos se ha vuelto un propósito irrealizable, utópico. Se cuentan por docenas a poblaciones, antiguos lugares de extracción de oro y diamantes, que son verdaderos fantasmas, esqueléticos sobrevivientes de otros tiempos de opulencia en que reinaba el bienestar en ellas, donde se daban cita las bandas rivales, con directores de elevada categoría que nada tenían que envidiar a los profesionales. No pretendo analizar el porqué de la decadencia económica de determinados lugares, que arrasó también con sus manifestaciones musicales. Los papeles de música pertenecientes a los otrora vastos archivos fueron víctimas de gusanos, de la humedad y del fuego o migraron, en el mejor de los casos, en abierta dispersión, hacia diferentes lugares del Estado. A través de esos documentos que muestran al final de la partichela de cada voz o cada instrumento la firma del copista, el lugar y la fecha en que se hizo la copia, es que se considera increíble el que hayan existido en esos poblados decadentes, hombres tan capaces –y algo más–, compositores tan duchos e inspirados para la música de salón y de calle de su tiempo, y que además eran celosos guardianes de la antigua música religiosa.

Un género especial del Brasil son sus *dobrados*, marchas genuinas de ese país que en tiempos idos tomaron por molde el *pas redoublé* francés, marcha militar que los alemanes llamarían *Eilmarsch*. Es increíble el número de *dobrados* escritos por brasileños vueltos creaciones anónimas al correr del tiempo. Una recopilación de estos materiales, que yacen olvidados y muchas veces incompletos en los archivos, formaría un repertorio interesante, digno de la historia social del Brasil, que no puede ser escrita sin tener presente la trascendencia de la música en el vivir cotidiano y en los días de descanso. Olvidar a los heroicos portadores del cancionero de los conjuntos de viento significaría quitarle el broche que marca esta introspección en la evolución de la sociedad brasileña. Y de la misma forma deberían ser tenidas en cuenta las características *valsas* brasileñas, *dengosas* como allí se suele decir, y de otras muchas formas de la música de salón.

No faltaban virtuosos en esas bandas: en el clarinete, la flauta, el ophicleide, el pistón, interpretando fantasías, paráfrasis, variaciones sobre temas de óperas provenientes de Europa o escritas en el Brasil. Los *choros* brasileños, las típicas serenatas llamadas *serestas*, eran tocadas por pequeños conjuntos de músicos y cantores y representan a su vez esa parte sentimental de los recuerdos de antaño, como quien dice, de ayer. Cuando la Municipalidad de Recife me obsequió con dieciséis representaciones folclóricas y un carnaval fuera de tiempo, en pleno mes de diciembre, iluminando calles y plazas, incluyó también una serenata en Olinda, cercana capital, teniendo en cuenta el plenilunio. A la hora señalada nos encontramos con dos *violeiros*, un flautista y un cantor. Era casi medianoche, el disco redondo de la plateada luna tropical se hallaba en el cenit bañando las empinadas calles de la histórica ciudad con un efluvio de luz jamás visto con tal intensidad y sumergiendo al mismo tiempo las callejas transversales en una imponente e impenetrable negrura. Surgían las primeras melodías en la solitaria calle junto a la población dormida, cuando sentíamos un cauteloso abrir y cerrar de ventanas y postigos, viendo asomarse una cabeza. Pocos instantes después se

abría la puerta de calle, integrándose a nuestro grupo uno y otro habitante, *violão* en mano, la voz semiqueda juntándose a las otras. La noche era tibia y saltar de la cama poniéndose pantalón y camisa demandaba pocos minutos. Nuestra caravana iba engrosando sus filas, los cantares cobraban intensidad y no pocas mujeres, acompañadas por sus familiares, se hicieron presentes, aprovechando el tiempo de nuestra vuelta por una calle vecina para vestirse. Cuando rompían los primeros clarones del nuevo día, ya en los jardines de la parte baja de la ciudad nos dijimos adiós unos a los otros, *seresteiros* ocasionales. De siete entusiastas iniciales habíamos llegado a reunir un grupo compacto cercano a las cien personas.

Sin embargo, tan rápida ha sido la transformación de costumbres, o mejor dicho, el desvanecimiento de tradiciones firmes y queridas, que hoy ese acontecimiento, aún natural en 1944, no se repetiría. El episodio narrado, en apariencia nada tiene que ver con las bandas. Pero al concepto banda —de centenaria vida en el Brasil—, a la expresión viva de ese aparato sonoro, está unido estrechamente un “pueblo músico”. ¿No deberíamos colocar esta frase en pretérito? La transformación de la economía hogareña causada por innumerables factores de la vida mecanizada de hoy, particularmente en el terreno de las comunicaciones, impone su dictatorial sello en el vivir diario a través de una burda nivelación de las preciosas diferenciaciones regionales. El asesino de lo que nosotros amamos no ha sido la marcha implacable del tiempo, sino la música comercializada, irradiada sin discriminación alguna.

Radio Nacional de Río de Janeiro tuvo la feliz idea de hacer revivir la era de las bandas y tomando como símbolo el nombre de una de ellas, Lira de Xopoto, auspició audiciones de conjuntos que se trasladaban desde el interior expresamente a la capital, brindando una audición con lo mejor de su repertorio. Bandas pequeñas y bandas mayores han venido desfilando por los estudios de esa empresa de difusión. Regresando confortados a su villa, estos conjuntos sentían un estímulo momentáneo, efímero, porque el aspecto material que roe su existencia sólo puede ser detenido con recursos. Yo mismo elevé al Gobierno de Minas Gerais un proyecto de celebración anual de certámenes de bandas con el otorgamiento de premios a las mejor afinadas y de mejor repertorio. Todas estas iniciativas tuvieron una sola finalidad: mantener viva la tradición en las pequeñas bandas del interior. Aun así, su desaparición es apenas cuestión de tiempo. En su lugar podrían surgir bandas integradas por los operarios de las industrias, siempre que sus directorios tengan sensibilidad por una manifestación tan sana del pueblo. La inversión en un instrumental moderno y el sueldo de un regente causarían un impacto pequeño en el rubro del exceso de ganancias que se invierte en una sala de primeros auxilios, viviendas económicas o un equipo de fútbol.

El día en que nazca y se imponga este difícil proyecto, morirá definitivamente la tradición que ha amalgamado a una sociedad en horas de solaz y rivalidad de un conjunto con el otro para superarse en ejecución y repertorio. La familiaridad de este nuevo tipo de banda ya no estaría basada en afectos hondos, enraizados en el pueblo, rodeados de recuerdos de infancia y del vivir en común, por vistosos que sean los nuevos uniformes, por perfecto que sea el instrumental y por grande que sea el conjunto. Podríamos decir que un organismo integrante de la vida de

un pueblo ha sido sustituido por otro, recreativo-industrial, fabricado por las circunstancias. Las viejas bandas actuaban dentro de los muros, con el sentimiento y sacrificio del pueblo que los sostenía cariñosamente. La uniformidad de las viviendas, junto a usinas, talleres y altos hornos, no proporciona el calor de antaño. Además, cuántas industrias existen cuyos operarios viven dispersos en una enorme área sin la menor cohesión y familiaridad entre sí y de procedencia dispersa en las cuatro direcciones cardinales del gran Brasil.

En todos los tiempos las manifestaciones del arte popular han estado sometidas a cambios, pero los cambios de hoy marchan muy de prisa. Con un dejo de melancolía y un adiós al pasado, poblado de bellos recuerdos sonoros y un sinnúmero de afectos personales, nuestra memoria se aferra a la imagen de las bandas de Minas Gerais y a sus fogosos *dobrados*, sus chispeantes polcas, sus álvivas cuadrillas, sus melódicas *valsas* y sus marciales marchas de desfile.